

«Y LOS TRATÉ CON MISERICORDIA» (Test 2)

Una lectura social del icono del abrazo del hermano Francisco¹ con el leproso

Conferencia ofrecida en el Tercer Encuentro de Capuchinos del Sur de Europa en Fátima, 1-4 de mayo de 2003

INTRODUCCIÓN

Otorgar a la escena del abrazo del hermano Francisco con el leproso un carácter de «icono» es situarla en un marco peculiar. La mayoría de los occidentales solamente vemos en el icono un adorno religioso, de profunda inspiración espiritual, y poco más. Pero por encima de esta acepción, lo cierto es que el icono hunde sus raíces en la más sutil teología que la Iglesia ha sabido elaborar a lo largo de los siglos.² Para dar una síntesis meramente referencial diremos que los iconos quedan definidos como «canales de gracia del poder santificador» (Juan Damasceno), «evangelio hecho color» (Concilio Oriental), «lugar de encuentro» (VII Concilio Ecuménico), «ventana de la eternidad» (P. Edokimov), etc.³ Son denominaciones que sobrepasan la mera representación religiosa para adentrarse en la verdad de la más inmediata teología. En

¹ La expresión «hermano Francisco» hace referencia al Francisco de la primera comunidad, antes de ser canonizado. Esto nos ayuda a leer desde una perspectiva social el tema del abrazo con el leproso como componente del proceso de entrada en el Evangelio que él mismo ha construido: cf. G.G. MERLO, *Historia del Hermano Francisco y de la Orden de Hermanos Menores*, en AA.VV., *Francisco de Asís y el primer siglo de la historia franciscana*, Oñate 1999, pp. 3-35.

² Cf. P. EVDOKIMOV, *L'art de l'icône. Théologie de la beauté*, Desclée, Paris 1972; P. GALIGNANI, *Il mistero e l'immagine. L'icona nella tradizione bizantina*, Ed. La casa di Matriona, Milano 1981; L. OUSPENSKY, *Théologie de l'icône dans l'Église orthodoxe*, Cerf, Paris 1980; D. ANGE, *L'étreinte de feu. L'icône de la Trinité de Roublou*, Desclée, Paris 1980.

³ Cf. M. DONADEO, *El icono, imagen de lo invisible*, Narcea, Madrid 1989, pp.15-22.

ese sentido se puede decir que los iconos tienen un valor realmente sacramental y una función tan mediadora como la de la Palabra.⁴

¿Es correcto aplicar a la escena de Francisco con el leproso la categoría de icono? Sí en sentido amplio y hondo. En sentido amplio porque cumple todas las funciones atribuidas al icono en cuanto a valor sacramental, lugar de referencia y de encuentro, ventana que abre a la espiritualidad franciscana y al mismo Evangelio. En sentido hondo en la medida en la que la escena con el leproso es una de las claves cruciales no solamente para entender el proceso de conversión de Francisco sino la misma espiritualidad franciscana. Efectivamente, para muchos autores, el encuentro con el leproso está pasando a ser considerado como el momento crucial del proceso de conversión de Francisco,⁵ un momento al que antecede toda su actividad bélica, de su aproximación al mundo de las pobrezas y sus viajes iniciáticos de búsqueda; a ese momento le sigue la confirmación del crucificado en el diálogo con el Cristo de san Damián. Pero, como decimos, el momento crucial es el del abrazo con el leproso. El leproso seguía siendo en la Edad Media el prototipo de marginado social sin ningún tipo de asistencia y viviendo fuera de las ciudades.⁶ Este encuentro es desencadenante de una percepción distinta de las estructuras personales. No es un descubrimiento de la pobreza o del dolor en sí, sino un desvelar a la persona que sufre y percibir en forma muy aguda e inmediata que la situación del leproso y la suya propia no difieren mucho en el fondo. El hermano Francisco dice en su *Testamento* que el trato con los leprosos, inicialmente amargo, se le convirtió en «dulzura».⁷ «La dulzura en clave evangélica está también en los leprosos, hombres que sufren en el cuerpo y en el alma una enfermedad terrible, y que sin embargo son siempre positivamente hombres.»⁸ A esta percepción personal acompaña otra social. El hermano Francisco descubre de manera insultante el reverso de la nueva sociedad que nacía con aspiraciones de igualdad y en la que él era un privilegiado. Esta nueva sociedad, su ciudad, mantiene y crea nuevas desigualdades y muros: quienes viven fuera de las murallas no son personas al verse privados de todo derecho. Por

⁴ Cf. M. QUENOT, *L'icône, fenêtre de l'Absolu*, Cerf, Paris 1987.

⁵ Cf. R. MANSELLI, *Vida de san Francisco de Asís*, Oñate 1997, pp. 44-70.

⁶ R. MANSELLI, *San Francesco d'Assisi* (Editio mayor), Ed. San Paolo, Milano 2002, dice en la nota 14 de la p. 109 que «Assisi dà nei suoi Statuti delle norme relative ai lebbrosi, come di certo aveva un lebbrosario [cf. *Magnifice civitatis Assisii Statutorum Libri*, t. II, Perusiae per Hieronymum Francisci Baldassarrii de Carthulariis, 1543, pp. 259ss.]».

⁷ Test 3.

⁸ G.G. MERLO, *art. cit.*, p. 6.

eso Asís, el mundo al que pertenece, no es el lugar humano que pretende ser y por eso siente necesidad de dejarlo. Había descubierto fuera de Asís el lugar de la persona.⁹

Una de las maneras de redimensionar la escena del abrazo con el leproso es tratar de leerla desde perspectivas más sociales y antropológicas que espirituales. La perspectiva espiritual, incluso aplicada a la realidad evangélica, es una de las posibles. Pero, al ser aplicada de modo casi exclusivo, ha podido llevar a empobrecer el texto.¹⁰ Cosa parecida puede ocurrir con los textos franciscanos. Por eso, una lectura social del icono del abrazo con el leproso puede producir hoy frutos más susceptibles de ser entendidos y vividos en una sociedad secular como la nuestra. En esta dirección y leyendo el hecho franciscano con detenimiento, podemos decir que Francisco ha redimensionado el hecho social cuando ha entendido la minoridad como una valoración de la básica dignidad humana que subyace en aquellas personas y colectivos en los que lo humano se diluye por causa de su dura situación de vida. Francisco ha considerado literalmente hermanos, gente con su dignidad intacta, a los pobres que vivían fuera de las murallas y fuera del censo que los hace ciudadanos, singularmente a los leprosos; con ellos habría de alegrarse el hermano menor;¹¹ a los herejes a quienes nunca vituperó y al clero bajo cuyas condiciones morales de vida eran con frecuencia discutibles;¹² a las mujeres que socialmente no habían iniciado siquiera el despegue de sus reivindicaciones.¹³ De este modo se apuntaba ya al pilar que ha de constituir el futuro de la sociedad: la inalienable dignidad de lo humano.

⁹ Podría preguntarse por qué Francisco no llegó a dar cuerpo «institucional» a esta experiencia fundante de los leprosos. Como una de las causas de desviación de la Orden en tiempos del viaje de Francisco a Palestina (junto con la del asunto de Felipe Longo) Jordán de Giano dice que un tal Juan de Campello «reunió a un gran número de leprosos, hombres y mujeres, salió de la Orden y quiso fundar una nueva Orden»: *Chronica*, n. 13. Lo cierto es que en 1 R 8, 12 dice que se puede pedir limosna por los leprosos; y en 1 R 9, 2 dice que los hermanos han de convivir con «gente de baja condición y despreciada, con los pobres y débiles, con los enfermos y leprosos, y con los mendigos de los caminos». Fue una experiencia básica pero estaba inscrita en otra más amplia que era la vida evangélica como tal.

¹⁰ Cf. F. AIZPURÚA DONAZAR, «To agapân allélous. Una lectura social de Jn 13,34-35», en *Lumen* 49 (2000) 297-345.

¹¹ 1 R 9, 2.

¹² Recordar la anécdota de Esteban de Borbón al respecto, San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época, BAC, p. 972.

¹³ Una es la dirección de los textos «legales» en la línea de la época que manda al religioso el alejamiento y aun el menosprecio de la mujer y otra la dirección del modo vital de Francisco con las mujeres cercanas: Clara, Jacoba, etc. Cf. 2 C 191.

Vamos a aprestarnos a «leer» el icono del abrazo con el leproso,¹⁴ a mirarlo contemplativamente, ahondadamente, reflexivamente, percibiendo las muchas derivaciones posibles y la riqueza que encierra esa escena para la comprensión del hecho social desde una perspectiva franciscana. Mirar iconos requiere una actitud personal abierta, receptiva, deslumbrada, agradecida. Si la mirada es rutinaria y sin capacidad de asombro, el icono se oscurece.

1. LOS VIEJOS ICONOS

¿Cómo miran los primitivos biógrafos al icono del abrazo con el leproso? ¿Qué ha supuesto para ellos este episodio decisivo de la vida de Francisco?

1. *Las primitivas biografías*

Prácticamente todas ellas reflejan y escriben la escena en parámetros similares. Ello indica que este asunto fue decisivo para la persona de Francisco y así quedó consignado desde el principio.¹⁵ Las descripciones tienen como denominador común todo lo relativo a acciones físicas: acercarse, vivir con, servir, tocar, lavar y, sobre todo, besar.¹⁶ El tema del *beso* al leproso parece ser para los escritores, con toda lógica, la muestra inequívoca de la relación vital de Francisco con el mundo de los leprosos.¹⁷ La verdad de esta relación se consuma en el mundo de lo físico, en la corporalidad, en la herida curada. En esto son unánimes. Posteriormente, cuando los textos ceden al proceso de espiritualización propio de las leyendas medievales, las consecuencias de un estilo de conversión tal quedan descritas como victorias ascéticas¹⁸ o incluso espirituales, como acciones que en el fondo se hacen al mismo Cristo.¹⁹ Pero cuando los autores medievales indagan sobre el porqué de esta actitud de Francisco con los leprosos, creemos que ahí se quedan cortos. Apelan al necesario vencimiento de sí mismo, como caballero de Cristo que se preten-

¹⁴ En la tradición pictórica de los iconos no se dice tanto pintar cuanto «escribir» un icono, ya que éstos son «libro» de fe, como el mismo Evangelio.

¹⁵ Ver 1 C 17; 2 C 9; LM 1, 5; 2, 6; TC 11; Flor 24.

¹⁶ El tema de la limosna, también presente, creemos que pasa en la escena a un segundo plano.

¹⁷ En LM 2, 6 se dice que «extraía el pus», nota de gran realismo.

¹⁸ 1 C 17: «Desde ese momento comenzó a tenerse más y más en menos, hasta que por la misericordia del Redentor, consiguió la total victoria sobre sí mismo.»

¹⁹ 2 C 9: «Volvió a montar a caballo, miró luego a uno y otro lado, y, aunque era aquel campo abierto sin estorbos a la vista, ya no vio al leproso.»

día,²⁰ o al conocimiento de la voluntad de Dios,²¹ pero no llegan a desvelar la evidencia de un cambio social. Tal vez LM 6 sea quien más se aproxima a esto cuando dice que «por lo cual consiguió del Señor el extraordinario poder de amar prodigiosamente las enfermedades espirituales y corporales».

Los biógrafos modernos de san Francisco tratan de interpretar hoy la escena, como lo hemos indicado, desde parámetros más sociales. Así se expresa R. Manselli: «Hemos de reconocer que en este encuentro el factor dominante —indicado como tal por el mismo santo— ha sido la caridad, que ha reemplazado al horror sentido anteriormente por los leprosos. Eso quiere decir que el elemento central de la conversión de Francisco no está relacionado con la pobreza, sino con algo humanamente mucho más profundo y válido: la comprensión del sufrimiento humano, el del alma —lepra del alma— y el del cuerpo. Se puede, pues, considerar como momento decisivo de la conversión de Francisco de Asís, este paso de una condición humana a otra, la aceptación de su propia inserción en la marginalidad, la entrada entre los excluidos, cuya característica era precisamente el haber sido rechazados de todos en razón de su horrible condición. Que una característica de estos rechazados fuese la pobreza es un dato de hecho inevitable pero no es ella —la pobreza— el factor decisivo de la conversión.»²² Este «paso de una condición humana a otra» es, en definitiva, una especie de opción de clase, una lectura distinta del hecho social.

2. *Las representaciones pictóricas*

La antigua iconografía franciscana sobre el beso al leproso es muy corta. No entendemos muy bien el por qué, siendo la escena tan decisiva en la vida de Francisco y tan bien reflejada en las fuentes. Entre las pinturas de Giotto en la Basílica de Asís creemos que no hay ninguna que recoja la escena. En un manuscrito en pergamino de la Leyenda Mayor de san Buenaventura que se conserva en el Instituto Histórico de los Capuchinos en Roma, de finales del siglo XIII y principios de este, hay un pequeño grabado de la escena que ilustra LM 1, 5.²³ En él se representa a Francisco, en traje de ciudadano noble, que ha

²⁰ LM 1, 5.

²¹ TC 11.

²² R. MANSELLI, *Vida...*, p. 46.

²³ Cf. *Francesco d'Assisi attraverso l'immagine*, Roma, Museo francescano. Codice inv. nr. 1266, Edizione a Cura di Servus Gieben e Vincenzo Criscuolo, Istituto storico dei Cappuccini, Roma 1992.

bajado de un caballo ricamente enjaezado y abraza a un leproso, en traje de pobre (parecido al primer vestido franciscano) que se apoya en un largo bastón. Lo interesante es la proximidad de los dos rostros, próximos al beso, y en mirada conectada el uno con el otro.²⁴ Como ilustración de LM 2, 6 aparecen en esa misma obra dos pequeños grabados: en uno de ellos Francisco lava los pies a un leproso (al estilo de lavatorio de Jn 13) mientras otro aguarda; una mujer (¿Clara?) observa y un quinto personaje está detrás de la mujer. Debajo de este grabado, Francisco está abrazando a un leproso,²⁵ el rostro y la mirada conectado con él; el mismo leproso, según la narración, ya curado, ora dando gracias a Dios por el beso de Francisco que le ha devuelto la salud.

2. LOS NUEVOS ICONOS

Ampliando la noción estricta de icono, vamos a analizar cómo se pinta la escena del leproso en tres de los films más notables que la producción cinematográfica ha creado en torno a la figura de Francisco de Asís: *Hermano Sol, hermana Luna*, de Franco Zeffirelli (1972), *Francesco* de Liliana Cavani (1989), *Francisco, juglar de Dios*, de Roberto Rosellini (1950). El orden viene dado por la percepción de que la escena de Rosellini, en su mudez, es, a nuestro modo de ver, culminante, como luego explicaremos.

1. *El descenso a los sótanos de la pobreza* (Zeffirelli)

Este autor no narra explícitamente la escena del beso del leproso. La engloba en un marco más amplio: el descenso de Francisco a los sótanos de la pobreza, la confluencia con esa realidad social y la reconciliación con ella que le viene del perdón que le otorgan los pobres.

El padre de Francisco, Bernardone, muestra al muchacho tocado ya por los desastres de la guerra, que ésta no ha sido tan mala para ellos, puesto que les ha producido pingües beneficios.²⁶ Le dice que todo ese oro, que Francisco comienza a rechazar,²⁷ y los numerosos empleados-esclavos, unos doscientos, «también son suyos». Algo tiene que decir él respecto a las pobrezas. Se decide

²⁴ Este tema de la «mirada» será muy explotado por los modernos narradores de la vida de Francisco en los films que luego citaremos.

²⁵ En hábito de peregrino (¿volvía de los Santos Lugares?), vestido que será muy próximo al primer hábito de los hermanos menores.

²⁶ «La guerra ha sido buena para los negocios», dice.

²⁷ Deja caer una moneda como si le repugnase.

a bajar a los sótanos y allí se establece un diálogo profundo de miradas²⁸ y de dolor.²⁹ La mirada retenida de una mujer esclava le sume en el dolor máximo de quien percibe a esas personas como un colectivo explotado, como clase oprimida. Solamente en un momento se entrevé el rostro de uno que parece ser un leproso. Al final de este itinerario hacia la realidad de la marginación Francisco, herido en el otro y en sí mismo como parte explotadora («esto también es tuyo»), encuentra en la mirada bondadosa de un pobre anciano trabajador el perdón que le puede reconciliar con la persona. Es el pobre quien pretende secar las lágrimas de Francisco y al final, las manos de ambos, las del pobre y las de Francisco, quedan unidas como un verdadero y duro desposorio que Francisco no abandonará ya jamás. Se escucha a Francisco que habla, por primera vez en toda la escena, y dice «Sí... sí...», como si hubiera encontrado una clave.³⁰

2. *Vivió con ellos* (Cavani)

Esta autora escalona en tres escenas la vida de Francisco con los leprosos. Son personajes diferentes. Hay una progresión entre las tres que termina en el abrazo forzado al leproso que convive con Francisco y no termina de creerse —el leproso— que la opción de aquel ciudadano «sano» por él es total. La mirada, aquí también, es el hilo narrativo de todas las escenas.

La primera de ellas tiene un componente anticipativo. Francisco aún no ha abrazado la vida evangélica, se divierte con sus amigos y amigas en la orilla de un lago. Invita a una amiga a ir a bañarse y cuando están en el agua y en sus regocijos, aparece un leproso extendiendo su mano enferma hacia él, como pidiendo no sobre todo limosna sino socorro vital. Es el leproso quien quiere tocar y Francisco quien no quiere ser tocado.³¹ El rechazo de Francisco³² queda mitigado por la violenta limosna de un mantel arrojado hacia él y de un cordero asado que también le tira desde lejos. Es de noche, la escena termina en penumbra pasando de una luz festiva a una oscuridad que, paradójicamente, hará luz en el interior de Francisco.

²⁸ En la escena hay más de veinte cruces de miradas.

²⁹ Un niño llora y su llanto penetra en Francisco.

³⁰ El *leitmotiv* de la música de Riz Ortolani («¡Qué feliz es aquel hermano...!») vuelve a sonar tras los llantos, y la tensión.

³¹ Como hemos dicho, el tema del tocar tendrá una importancia decisiva en todo este asunto.

³² «Vete... lárgate.»

La segunda escena tiene lugar en san Damián. Francisco se calienta cerca de un pequeño fuego. De alguna forma ya está en el marco de la pobreza social. Un leproso, distinto al anterior,³³ se acerca a él arrastrando sus pies, tan cansados como la vida de los pobres sin remedio. Francisco se asusta, pero logra mirarle a la cara. Ante la tentativa de huida, le agarra. Es como una oportunidad única, o se aferra a ella o se le va el sentido de su opción.³⁴ El leproso no sale de su asombro: «No me toques»..., «¿Estás loco?»..., «¿Tú también estás enfermo?» Sí, de alguna forma está enfermo, tiene la misma enfermedad, la «lepra del alma»,³⁵ cosa que le hace ser hermano de aquel herido de la sociedad. Se despliega entonces todo el mecanismo del mirar-abrazar-tocar que lleva al descubrimiento de la dignidad oculta del marginado. Tres veces dice Francisco: «Tranquilo... tranquilo... tranquilo...» No sabemos si es al enfermo a quien le está diciendo eso o a sí mismo, como enfermo del corazón que es. Puede estar «tranquilo» desde el momento en que ha descubierto la realidad de la dignidad oculta, de la hermandad en la exclusión, de la comunión total por encima de constricciones sociales.

El tercer momento es el que muestra el culmen de la relación de Francisco con los leprosos: vive con ellos.³⁶ Es un ámbito de oscuridad, un sótano en las afueras de las murallas. Pero hay una cierta luz. Tiene como pórtico, al igual que los dos momentos anteriores, el dolor y la muerte.³⁷ La presencia bienhechora de Clara que irrumpe aquí³⁸ contribuye a la claridad. Viven con los leprosos curando sus cuerpos, procurando un cierto bienestar por medio de una rudimentaria higiene³⁹ que contribuye a que no desaparezca del todo el

³³ Este tiene vendada la mano izquierda.

³⁴ «Espera», le dice.

³⁵ LM 4, 11.

³⁶ Así lo consigna 1 C 17.

³⁷ El enorme desconuelo viene marcado por la muerte de un niño al que su madre no ha podido alimentar porque no le quedaba leche. Una niña dice: «Mi hermano ha muerto.». Francisco lo toma como su propio hermano (tal como lo dirá más adelante). Es, por así decirlo, una escena de «dura Navidad»: la madre sostiene al niño muerto y Francisco contempla perplejo el misterio de la muerte de los pobres, la muerte que nadie llora. Ahí ha de estar sobre todo la presencia de Jesús.

³⁸ De alguna forma se quiere decir que este tema también ha estado presente en la vida de Clara. Francisco le dice para mitigar su horror: «Yo también huí la primera vez y habría prescindido con placer de mi olfato.»

³⁹ El tema «lavar los cuerpos» tiene mucha importancia en las biografías primitivas, por ejemplo en Flor 25.

componente humano del excluido.⁴⁰ Entonces aparece la figura del leproso en su lado más duro, aquel que le hace revolverse contra su suerte injusta y contra el mismo Dios. «Me mataré... me mataré», repite ante el silencio de los demás. Es la única «salida» para el marginado. Francisco le sigue, le acompaña en ese camino de total oscuridad, intenta abrazarlo, lo mira. Al final lo abraza, casi a la fuerza, lo mira directamente tres veces, tres miradas que se cruzan para intentar decir que es persona, que es digno, que es hermano, a pesar de todo.

3. *El lado más duro de lo humano* (Rosellini)

La escena la pinta Rosellini en esa austeridad de la pequeña casita que está aislada en una campiña sola y gris. Francisco ora atormentadamente porque no entiende el secreto de la vida. Se escucha la esquila del leproso que, rítmicamente, acompañará la larga escena en la que, caso único en todo el film, no habrá música. Solamente, alguna vez, el canto de los pájaros, que en determinado momento escuchará el leproso, como para indicar que la vida subyace a tanta enfermedad y muerte. El leproso va solo. Francisco le sigue de lejos, le mira entre los arbustos, se acerca con temor. El leproso parece intuir que alguien le acompaña, se para, no ve a nadie y sigue. Francisco se lleva las manos al rostro porque comprende no solamente el horror de aquella lepra sino la suya propia. Le sigue por detrás porque anhela entenderse entendiéndolo.⁴¹ Se planta ante el leproso y le abraza en un gesto casi ritual, litúrgico, que el pobre no entiende porque sigue mirando con extrañeza y con silencio. No pide nada, no quiere nada, sólo mira y se va. Es como la celebración de un encuentro en la profundidad que no necesita palabras ni gestos exteriores. Cuando el leproso se aleja, Francisco vuelve a echarse de nuevo las manos a la cara con el «horror» de ver el lado más duro de la vida en cualquier persona, ya que aquel leproso representa a toda la humanidad en su lado más frágil. El recurso a Dios es entonces un grito de dolor y de esperanza: «Grande Dios», dice Francisco. La cámara se desplaza hacia el cielo, como queriendo indicar que en Dios hay una respuesta al interrogante de la exclusión y de la fragilidad de la historia.

⁴⁰ Un leproso besa con amor el hombro de una leprosa a la que Clara está lavando.

⁴¹ Hace un gesto con la mano como anhelando entender, ver aquello por dentro.

4. UNA LECTURA SOCIAL

Esta contemplación, mirada ahondada, del «icono» del abrazo al leproso posibilita múltiples referencias al hecho social desde la opción franciscana. Permítasenos destacar cuatro que consideramos importantes:

1. *¿Llamada de Dios o llamada de la persona?*

Siempre hemos dicho que todas las vocaciones son suscitadas por Dios. Dios llama, ésa es la íntima convicción de quien entra por el camino evangélico. Sin embargo, analizando tanto los textos de la Escritura⁴² como la misma realidad, se entrevé otro camino interesante: es cierto que la visión cristiana de la vida sostiene que Dios siempre está detrás de todo, pero en realidad, es la persona quien llama a otra persona. Deriva esta percepción de la certeza de que los valores evangélicos (la fraternidad, la paz, la libertad, la entrega, el amor, el acompañamiento a los débiles, la generosidad, la trascendencia, etc.) son anhelos básicos del hecho humano. La humanidad entonces, delega a ciertas personas para que mantengan vivos estos valores y para que los vivan, siquiera inicialmente, demostrando así que es el horizonte al que está llamada la vida: «Lo que parece suceder es lo siguiente: nosotros, las personas humanas, convocamos a algunos miembros de nuestra especie y los empujamos hacia el umbral marginal donde les invitamos a vivir más profundamente en interés *nuestro* (no en su *propio* interés) esos valores profundos que todos admiramos y apreciamos de forma innata.»⁴³ Algo de eso ocurre en Francisco: es el leproso, el lado herido de la vida, quien realmente le llama, porque «la llamada a la liminaridad es más del pueblo que del mismo interior de la persona».⁴⁴ Desde ahí él mismo se siente integrado en la llamada, no como un «mesías» que ha de solucionar el problema sino como un hermano que comparte similar camino. Solamente así, un «sanador herido», podrá hacer obra de curación en los demás, porque se cura desde la experiencia de la propia sanación.

Si esto es tal como decimos, las consecuencias para el hecho social son decisivas: en primer lugar, no solamente no se perdería la conexión con la vida

⁴² Ver, a modo de ejemplo, F. AIZPURÚA DONAZAR, «Moisés», en *Vida Nueva*, 22 de marzo de 2003, pp. 24-25.

⁴³ D. O'MURCHU, *Rehacer la vida religiosa. Una mirada abierta al futuro*, Ed P. Claretianas, Madrid 2001, p. 53.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 54.

sino que se cumpliría el encargo de mantener los valores liminares de cara a la misma sociedad que nos los demanda; se seguiría siendo hermano porque no nos alejaríamos del grupo del que hacemos parte. Quedaría así conjurada la distancia que hace estéril el trabajo cristiano. Además, la ayuda curativa sobre la herida humana se haría como «desde dentro», manera única y mejor de curar; no seríamos profetas bajados del monte sino acompañantes fraternos y compartidores de la vida, con sus riesgos y gozos. Finalmente, esta perspectiva tendría el beneficio de no desclasarnos porque habríamos comprendido la evidencia de que nuestra verdadera y única familia de verdad es la humana y su historia.

b) La conversión social

Esta lectura del icono del abrazo al leproso nos lleva a los franciscanos/as a entender la conversión más como cuestión social que como cuestión religiosa. Así ha ocurrido de algún modo en la opción de Francisco que simboliza el beso al leproso. Cuando ciertos analistas de la realidad diseccionan el hecho social, concluyen que el nuestro es «un mundo de torbellinos», una realidad en la que todas las instancias sociales están involucradas en los mismos grandes problemas que tiene delante lo humano.⁴⁵ Esos torbellinos son justamente el ámbito en el que ha de realizarse paulatinamente nuestra conversión social.

- *El torbellino del poder*, que hoy más que nunca es un poder que deriva de la información ya que la información crea opinión. El franciscanismo puede convertirse al hecho social en la medida en que trabaje por el reparto de poder, manera de poner los cimientos de la fraternidad.
- *El torbellino de la necesidad de sentido*, porque la persona se define y sigue en su imparable búsqueda de sentido. El franciscanismo podría convertirse a este torbellino social trabajando en el empeño por decir a toda persona que, por el simple hecho creacional, tiene un lugar en el mundo y un derecho inalienable a participar de la felicidad histórica.
- *El torbellino de la pérdida de identidad* que deja a la persona sin raíces obligándola a refugiarse en nacionalismos excluyentes en los que sigue vigente el temor al otro. El franciscanismo se convierte al hecho social cuando trabaja en la erradicación del ancestral temor al distinto sustituyéndolo por una mentalidad universalista y plural, fraterna en suma.

⁴⁵ Cf. M. CASTELLS, *La era de la información*, 3 vol., Madrid 1999.

- *El torbellino de la crisis del modelo patriarcal* que ha hecho saltar por los aires las opciones familiares, sexuales, de género, que han sido intocables hasta ahora. El franciscanismo se convierte socialmente si va encajando esta mutación y se pone con decisión del lado de la fraternidad social con posturas abiertas en torno a temas de moral sexual y de igualdad de género.
- *El torbellino de las migraciones* que cada vez afecta más al hecho social. Una conversión a este ámbito está pidiendo al franciscanismo no sólo una colaboración en los problemas que esto plantea sino el trabajo por llegar a una mentalidad nueva donde el otro, el distinto, llegue a ser hermano, no amenaza.

2. *Una civilización de la pobreza*

El abrazo con el leproso entronca con una idea que hoy está cobrando un gran relieve. Es lo que I. Ellacuría llamaba «la civilización de la pobreza»:

«Una civilización... donde la pobreza ya no sería la privación de lo necesario y fundamental debido a la acción histórica de grupos o clases sociales y naciones o conjunto de naciones, sino un estado universal de cosas en que está garantizada la satisfacción de las necesidades fundamentales, la libertad de las opciones personales y un ámbito de creatividad personal y comunitaria que permita la aparición de nuevas formas de vida y cultura, nuevas relaciones con la naturaleza, con los demás hombres, consigo mismo y con Dios.»⁴⁶

Permítasenos explicitar esta frase para establecer lo que entendemos por bases de una civilización de la pobreza:

* *Requisito previo: la lucha contra la pobreza:* Ha de ser una lucha denodada, secular, porque no se trata de hacer pobres sino de hacer dignas a todas las personas. La dialéctica riqueza-pobreza quiebra la dignidad que se logra a base de luchar contra la pobreza. Es preciso hacerlo en todos los frentes, desde el signo minúsculo hasta el plan macropolítico. En esta lucha denodada se curte quien anhela una sociedad de estilo distinto.⁴⁷

⁴⁶ I. ELLACURÍA, «El reino de Dios y el paro en el tercer mundo», en *Concilium* 180 (1982), p. 595.

⁴⁷ En este sentido, sería preciso revisar el concepto de la espiritualidad franciscana del «amor a la pobreza». Es, no lo olvidemos, pretender amar una negatividad. Eso no tiene sentido a no ser que ese amor se oriente hacia la realidad de la persona pobre, lo que hoy debe incluir la lucha contra la pobreza.

* *La garantía de las necesidades fundamentales:* La civilización de la pobreza se opone tanto al empobrecimiento por quien se queda excluido como al enriquecimiento de quien excluye. El criterio de la necesidad, viejo como el tiempo, sigue siendo válido. Cuando las necesidades de una vida digna, a las que es lícito aspirar, se vean colmadas se habrá dado un paso decisivo en el camino de la vida. Hoy por hoy, los obstáculos para el nacimiento de esa realidad son, sin duda, la riqueza acumulada y las personas y países que la acumulan. La reclamación continua que los pobres hacen de su parte de felicidad no lograda es su gran aportación. Por molesta u olvidada que se quiera, siempre estará ahí llamando a nuestras puertas.⁴⁸

* *Las otras necesidades:* Ellacuría cita explícitamente «la libertad de opciones personales». Si la globalización, entendida en los modos del liberalismo económico, lleva a algo es a la más profunda despersonalización. Lo que rige la vida ya no es la persona, ni siquiera el Estado. La verdadera patria de esa globalización envenenada son las multinacionales que están en cuestión de presupuesto, como lo hemos dicho, e incluso en cuestión de decisiones, por encima de los estados. La civilización de la pobreza reivindica la centralidad e innegociabilidad de la persona. Y mantiene esa certeza con la tenacidad de quien se sabe en el camino correcto.

* *Nuevas formas de vida y de cultura:* Habla también Ellacuría de «un ámbito de creatividad personal y comunitaria que permita la aparición de nuevas formas de vida y cultura». La civilización de la pobreza no está reñida con la creatividad. Más bien es el dinero el que termina por ahogar la cultura.⁴⁹ Las formas culturales sufragadas en modos oficiales por la cultura dominante tienen encima una gran hipoteca. Por el contrario, la pobreza superada en modos humanizadores podría dar pie a formas de cultura estables porque modifican realmente la estructura humana. Los modos de la riqueza extrema adulteran la cultura; la demanda de los pobres recuerda las posibilidades de una cultura humanista.

⁴⁸ Hemos acumulado dinero, inversiones, y a la vez hemos despojado de bienes a países débiles. Ahora nos extraña que llamen a nuestras puertas y, apoyándonos en una Ley de Extranjería que hemos hecho a la medida de nuestros intereses y de nuestros miedos, olvidamos el derecho anterior a toda ley que no es otro que el del logro de la más elemental dignidad de vida que satisfaga las necesidades básicas de las personas.

⁴⁹ La política de subvenciones, tan discutida, raramente ha producido caminos nuevos de cultura; más bien ha terminado siendo cultura del sistema.

* *Nuevas relaciones*: No ha de extrañar que la cultura de la riqueza llegue a deteriorar las relaciones en todas sus dimensiones. Ha sido así desde la antigüedad.⁵⁰ Mientras que la cultura de la pobreza pone las relaciones en primer plano, no solo porque ha entendido lo que significan las carencias más básicas, sino porque esa vivencia ha desatado la ternura y el amparo a los débiles. Cuando la ambición queda controlada por una perspectiva distinta de la vida y de la historia fluye la relación. Cuando la insaciable sed de bienes resulta ser el centro de la vida, la buena relación personal y social tiene contados sus días.

¿Es posible creer en un planteamiento así? Quizá nuestra honda hermandad con el marco económico en el que vivimos, más fuerte sin duda que los cultivos evangélicos, nos lleven a esbozar una sonrisa. Pero es preciso seguir en la espera de manera lúcida y activa. Dice E. Sábato: «No podemos olvidar que en estos viejos tiempos, ya gastados en sus valores, hay quienes nada creen, pero también hay multitud de seres humanos que trabajan y siguen en la espera, como centinelas.»⁵¹ Uno de esos «centinelas» es, en este tema, J. Sobrino. En muchas de sus páginas quiere hacer ver a las culturas de la riqueza cómo la cultura de la pobreza encierra valores y, sin duda, mucho más trascendentales para el devenir humano: «En un mundo configurado pecaminosamente por el dinamismo capital-riqueza es menester suscitar un *dinamismo diferente que lo supere salvíficamente*. Este dinamismo proviene del mundo de la pobreza. Y esa pobreza es la que realmente “civiliza”, da espacio al espíritu, que ya no se verá ahogado por el ansia de tener más que el otro, por el ansia concupiscente de tener toda suerte de superfluidades, cuando a la mayor parte de la humanidad le falta lo necesario. Podrá entonces florecer el espíritu, la inmensa riqueza espiritual y humana de los pobres y los pueblos del Tercer Mundo, hoy ahogada por la miseria y por la imposición de los modelos culturales más desarrollados en algunos aspectos, por no por eso más plenamente humanos.»⁵²

⁵⁰ Leamos, por ejemplo, el substrato económico que subyace al libro del Génesis donde se viene a decir que la fraternidad es casi invivible a causa de los intereses económicos y de poder. El mismo Evangelio tiene un contenido primordialmente social y, derivadamente, económico antes que religioso.

⁵¹ E. SÁBATO, *La resistencia*, Barcelona 2000, p. 120.

⁵² J. SOBRINO, «Redención de las víctimas y globalización», en *Concilium* 293 (noviembre 2001) p. 138; ver también: C. FRASSINETTI, *La globalización, vista desde los últimos*, Santander 2001.

3. ¿Dónde encontrar identidad?

T. Radcliffe, antiguo superior general de los dominicos, dice que la identidad de la vida religiosa consiste en «dar una idea que impresione sobre lo que es el destino del ser humano».⁵³ Creemos que eso es justamente lo que ha entrevisto Francisco en el abrazo al leproso. Cuando los franciscanos/as hacemos la pregunta por la identidad la hacemos desde componentes históricos y carismáticos. Quizá nos vendría bien el hacerlo desde perspectivas sociales. Es entonces cuando las pobreza pueden convertirse en criterio hermenéutico para interpretar nuestra existencia franciscana, en causa de unidad ante las dispersiones en las que se mueven nuestros grupos religiosos, en posibilidad de una oferta realmente alternativa y que sea entendida como tal. Es así como no solamente terminaremos por encontrar la identidad sino que saldrá reforzada y recontextualizada en un mundo como el nuestro.⁵⁴

CONCLUSIÓN

El icono del beso al leproso nos habla de la «extrema amargura» en la que vive la sociedad de hoy, de todas las asperezas y de las innumerables heridas que los humanos nos hacemos a nosotros mismos e incluso a la creación. Asumir esas heridas, andar esos duros caminos, es prueba de fraternidad. No se puede construir una espiritualidad franciscana angelical, desvinculada del sesgo dramático que, con frecuencia, toman los acontecimientos en nuestra cultura.

También nos dice el icono que lo amargo se convirtió en «dulzura», en gozo compartido, en regocijo común. Es preciso conectar con la cultura en sus lados lúdicos, celebrativos, aquellos en los que la persona da la verdadera medida de su talla. Porque, efectivamente, es al gozo a lo que está destinada la vida y así habría de hacerlo ver el franciscano/a.

En esa dialéctica amargura-gozo es donde, según el icono del leproso, es preciso verter la «misericordia», poner al pobre (*miser*) en el lugar del corazón (*córdia*). Y hoy la misericordia tiene el rostro de la justicia y de la dignidad. Esa es la senda que indica el icono.

⁵³ T. RADCLIFFE, *El manantial de la esperanza*, Ed. San Esteban, Salamanca 1998, p. 68.

⁵⁴ Cf. J.I. GONZÁLEZ FAUS, «Nuestros señores los pobres». *El Espíritu de Dios, maestro de la opción por los pobres*, en *Frontera Hegian*, 16, Vitoria 1996.

Finalmente, si después de una experiencia así dice el icono que Francisco «salió del siglo», de un siglo inhumano hacia otro cargado de humanidad, se está empujando a la fraterna y necesaria tarea de abrir caminos nuevos a la convivencia, al diálogo, a la construcción de la ciudad secular susceptible de albergar a toda persona.

De todos estos modos, el icono del abrazo al leproso, del beso a lo más herido del hecho social, es una ventana por la que se intuye y se ofrece el mejor horizonte con el que sueña la utopía franciscana, que no es otro que el de la más universal de las fraternidades.